



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 38. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Octubre 1875. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXV.

1. ^a EDICION. — DE LUJO Ó COMPLETA.		2. ^a EDICION. —ECONÓMICA.		3. ^a EDICION.		4. ^a EDICION. — ESPECIAL PARA MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, un figurín y un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos para bordados cada trimestre.		Cuatro números al mes, un figurín y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.		ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.	
MADRID.	PROVINCIAS.	MADRID.	PROVINCIAS.	MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 30,00 ptas.	Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.	Un año... 13,00 pesetas.		Un año... 27,00 ptas.	Un año... 29,00 ptas.
Seis meses... 15,50 »	Seis meses... 18,50 »	Seis meses... 9,50 »	Seis meses... 11,50 »	Seis meses... 7,00 »		Seis meses... 14,50 »	Seis meses... 15,50 »
Tres meses... 8,00 »	Tres meses... 9,50 »	Tres meses... 5,00 »	Tres meses... 6,00 »	Tres meses... 3,50 »		Tres meses... 7,00 »	Tres meses... 8,00 »
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »		Un mes... 2,50 »	

Los precios de suscripción en CUBA y PUERTO-RICO los fijan los Agentes.—En PORTUGAL rigen los mismos precios que en España, con solo el aumento de 15 por 100, en razon al mayor coste de franqueo.

Agentes generales.—MONTEVIDEO: Sres. A. Barreiro y C.^a—BUENOS AIRES: D. Manuel Reñé.—CHILE Y PERÚ: D. Julio Real y Prado.

SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Vestido para niña.—Vestido para niño.—Fichú de encaje.—Fichú negro de encaje.—Cuello para niño.—Cuello de crochet para niño.—Cuellos bordados para señora.—Delantal con peto para niño.—Mantel para té.—Cubierta de bordado guipure.—Puntilla de crochet y trencilla.—Mosquitero.—Bolsillo anudado de terzal y cuentas.—Pintura sobre cristal, imitacion de madera y nácar.—Flores de lana: Pensamiento.—Flores de pluma: Campanillas.—Modo de reformar los vestidos y abrigos pasados de moda.—LITERATURA: El velo de las vírgenes, por Mariano Yagüe.—La palinodia de Quevedo, poesia, por Teodoro Guerrero.—La astronomía, por Francisco Guerrero García.—Espigas y amapolas, por Angela Grassi.—Ecos del mundo, por María del Pilar Sinués.—Economía doméstica.—Variedades.—Explicacion del figurín.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 3. DIBUJO DE CROCHET PARA PALETOT. (Véase el núm. 15 de EL CORREO anterior). Estos números representan el dibujo deta-

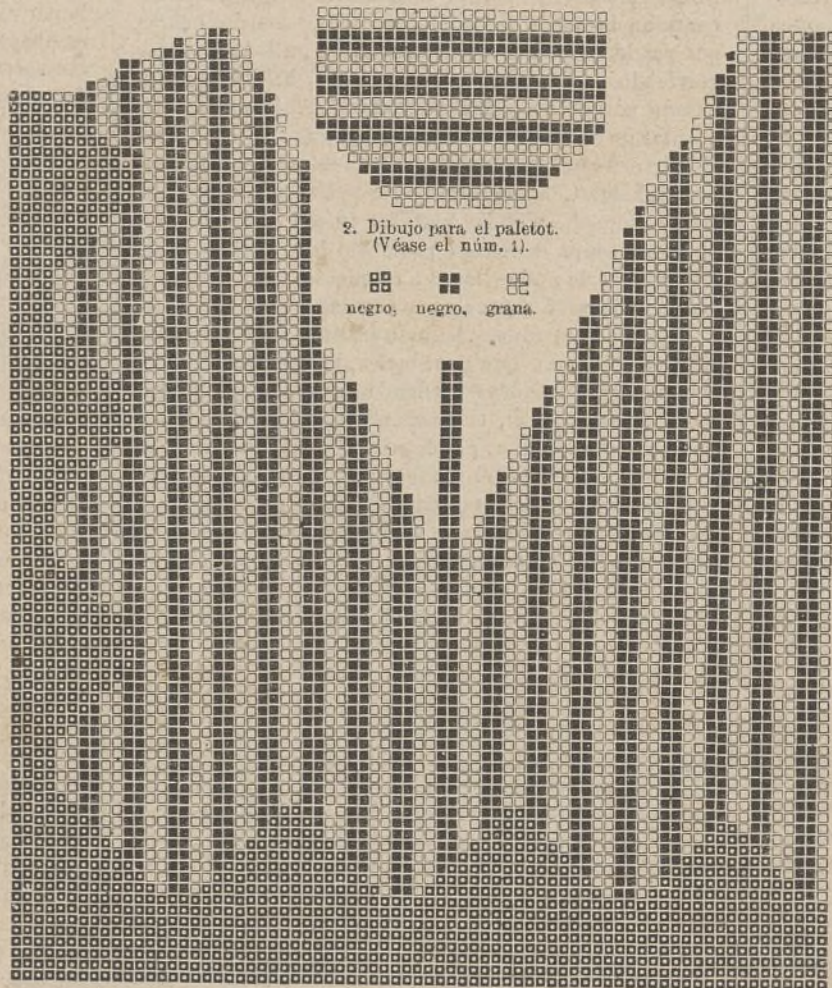


4. Vestido para niña.

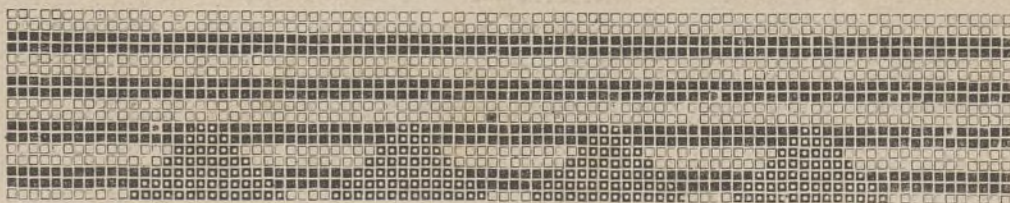
lado por puntos del paletot de niño que ofreció EL CORREO último en su número 15. Ya allí explicamos cómo la cenefa se ejecuta á punto de presillas, haciéndolas al volver ó descargar los puntos de tunecino, y cómo se dejan por detras el color que no hace falta, para trabajar con el otro. Los puntos de la cenefa son negros, los del fondo negros y encarnados, y cada casilla de cuadros representa una vuelta de tunecino completa, ó sea de ir y volver: el trabajo se ejecuta á lo largo, y el núm. 1 muestra la mitad del gabán, el núm. 2 el fondo de la capucha, y el número 3 el borde de la capucha misma. A pesar de estos minuciosos detalles, la labor debe ajustarse á un patron.

4 Y 5. VESTIDOS PARA NIÑOS.

El primero es un vestido de pekin rayado, para niña, con cuerpo blusa, cerrado por botones y patas de la misma tela, igualmente cerradas con un boton: un cuello abierto en chal



1. Dibujo para el paletot núm. 15 del número anterior. (Véanse los núms. 2 y 3).



3. Dibujo del paletot del número anterior. (Véase el núm. 4).

ó solapas forma el adorno, y lleva á la pegadura un pequeño bordado y dos trencillas ó galones á la parte exterior: la blusa se recoge de abajo con una cintura, y sobre ella va la de la falda plegada á la inglesa: esta falda lleva gran tabla por delante, cerrada con botones, y en ella á un lado la abertura.

El segundo es un traje marinero para niño, y patron de este género de vestidos han recibido nuestras lectoras hace dos meses: este traje es de franela gris con el cuello, vueltas y vivos azul marino con bieses blancos. Chaleco figurado, gola blanca y corbata negra.

6 Á 12. MANTELERÍAS CALADAS PARA TÉ.

Las mantelerías para té se hacen en cañamazo Java, y se bordan y calan para enriquecerlas más. Los núms. 6 y 7 muestran calados que sin más adorno bastan para las servilletas, cuyos calados pueden hacerse tambien en batista para pañuelos, cuellos, etc. Los núms. 8, 10 y 12, ofrecen un mantel con



5. Vestido para niño.

mucho adorno, y los detalles resultan claros en el dibujo: para cada hilera de calado se sacan 8 hilos, y el dibujo muestra la manera de recogerlos. Las estrellas que muestra el núm. 12 se bordan con negro ó con encarnado, y del mismo cañamazo se sacan hilos para formar el fleco.

El núm. 9 presenta otro mantel, cuyo dibujo muestra el número 11, terminándole alrededor un feston y un fleco anudado en los huecos de las ondas, y hecho con los mismos hilos que se han sacado del cañamazo para los calados: las flores se bordan al minuto con algodón grueso, y las espigas con algodón más grueso aun. Los mismos dibujos muestran los ángulos.

13. PUNTILLA DE CROCHET Y TRENCILLA.

Compónese esta puntilla de medias rosas ó estrellas de crochet, rodeadas de trencilla que forma las ondas orilladas de picots: cada media rosa está ejecutada aparte y colocada entre la trencilla por medio de una cadeneta

en arcos. Comiéndose por hacer una anilla de 8 puntos, sobre el cual se hacen 15 dobles y siguen para el primer pétalo: 11 pto. de cadeneta y un doble en el último del círculo; 5 de cadeneta y uno doble en el centro de la cadeneta anterior que une las tres cadenetas; y para el pétalo siguiente se hacen 4 pto. de cadeneta, una triple barra, en el punto que sigue del círculo, 5 de cadeneta, uno doble en el mismo punto que el anterior, y 5 de cadeneta unido á la otra cadeneta por su mitad. Los otros pétalos se ejecutan como estos dos explicados, pasando de uno á otro por 4 pto. de cadeneta. Las demás cadenetas que enlazan la rosa á la trencilla y las trencillas entre sí, resultan enteramente claras en el dibujo. Los picots que terminan las ondas se hacen pasando un picot de la trencilla, y haciendo 6 pto. de cadeneta, uno en el segundo de ellos, y otro en el picot de la trencilla.

14. CUBIERTA DE BORDADO GUIPURE.

(Dibujo: en el pliego del mes anterior).

El bordado es á punto de feston, así como las barras que unen el bordado entre sí ejecutado con algodón blanco sobre color crudo: se recorta la tela por fuera de los contornos del bordado despues de concluido este, y su aplicacion puede ser para un acerico ó una canastilla.

15. CUELLO PARA NIÑO.

Cierra con un ojal y un boton, y se compone de una tira plegada de percal con puntilla al borde, y colocada debajo de otra más estrecha ribeteada de encarnado, sujetas ambas á un puño donde está el ojal. Sirve para niñas ó niños.

16 Y 17. CUELLO DE CROCHET PARA NIÑO.

(Crochet, punto plegado).

Este modelo es muy á propósito para niño, y puede cerrar lo mismo por delante que por detras (véase número 16); forma el cuello una tira de crochet á picos, plegada ó doblada por la mitad, y que muestra extendida el núm. 17, ejecutándose yendo y viniendo y volviendo la labor á cada vuelta. Se principia por 67 pto. de cadeneta, y pasando el último se hacen sobre ellos 66 dobles: para terminar esta vuelta se hacen 3 de cadeneta para el primer pico, antes de volver la labor, y para la segunda y tercera no se hacen más que puntos dobles, rematando siempre las vueltas con 3 pto. de cadeneta antes de volver la labor. Los dos primeros puntos de la cuarta vuelta van seguidos de 10 de cadeneta y una barra, continuando 50 dobles y 3 de cadeneta, hecho lo cual está el pico en su mitad y cuenta 75 pto.: se pasa un pto., se hacen 2 ds. y 10 veces una bar. y uno de cadeneta, terminando la vuelta con 50 lisos; desde aquí al fin de cada vuelta, en lugar de los 3 pto. de cadeneta se dejan dos de la vuelta anterior sin cubrir, para disminuir el pico, pero se ejecuta un pto. de cadeneta para volver con facilidad la labor. Las vueltas 6.^a, 7.^a, 8.^a y 9.^a, son como la 5.^a y la 9.^a, que separa un pico de otro, se comienza por 3 dobles, seguidos de 5 de cadeneta, y pasando sin cubrir otros tantos puntos de la vuelta anterior, siguen 14 dobles: los 24 que siguen ya en todas las vueltas forman el calado del centro formado por cadenetas alternadas con un pto. d. cada 5 de cadeneta. Por estas vueltas se dobla luego el cuello, dejando más corta la parte de encima que la de abajo, y en las vueltas caladas se hace una cadeneta apretada para formar el escote.

18 Y 19. DELANTAL CON PETO.

El núm. 19 muestra de tamaño natural el entredós de tul que adorna el delantal de percal blanco: se ejecuta en tul redécilla con algodón de bordar, y se fija en la tela con un biés á la máquina: el peto se compone de entredoses bordados, rodeando un pequeñísimo peto de 15 cents. de altura por 16 y 4 de ancho respectivamente: únese al delantal con una cintura de la tela adornada, como el bolsillo, de un lazo de cinta de color.

20. PUNTO DE AGUJA PARA PAÑUELOS.

Este dibujo corresponde á la cófia ó fichú de punto de lana que se dió en el número pasado, grabado núm. 16. Allí están las indicaciones suficientes para ejecutarle.

21 Á 23. MOSQUITERO.

Bajo la forma de una redoma publicamos un cazamoscas de cristal, de reciente invencion: va adornado de cinco patas ó tiras de paño grana con un bordado á punto ruso que muestran los núms. 22 y 23, cuya dimension se gradua por la de la campana, todas de un mismo pedazo de paño que forme un redondo por arriba.

24 Y 25. FICHÚS.

El primero está adornado con bieses de tafetan rosa mate, de 5 cents. de ancho en el medio de atrás y sesgándose gradualmente hácia las puntas hasta quedar en 2 cents., y orillados con una puntilla de 5 cents. de ancho. Los bieses están separados por entredoses del mismo ancho, por debajo de los cuales se recorta el tul del fondo; los bieses van orillados además por ámbos lados con una puntilla fruncida.

El segundo, en forma de echarpe, consiste en una tira de chantilly negro de 145 cents de largo por 17 de ancho. El borde superior, replegado sobre 6 cents. de ancho, está guarnecido con dos órdenes de puntilla estrecha (puesta lisa, mientras el borde exterior lleva una hermosa puntilla ligeramente fruncida, de 9 cents. de ancho. El fondo del fichú está adornado con un entredós de 5 cents. de ancho, orillado á ámbos lados con una puntilla. Se hacen algunos pliegues en el medio de atrás, sujetándolos con un lazo de cinta negra ó de color. Las puntas del fichú van ligeramente anudadas, aunque tambien pueden cruzarse por delante bajo un lazo.

28. PUNTILLA DE CROCHET PARA TOQUILLAS.

El grabado muestra tan claramente su ejecucion, que nos bastará explicar las tres vueltas de bridas contrariadas que siguen á la primera vuelta de la parte superior de la puntilla. * Se pone el hilo alrededor del crochet, como para hacer una brida, enganchándolo en el punto correspondiente de la vuelta anterior, se tira de la lazada, y se repite el todo desde la señal, enganchando siempre el crochet en el mismo punto; se tira luego una lazada al través de todas las que se hallan sobre el crochet y se hace un punto en el aire.

29 Y 30. BOLSILLO DE TORZAL ANUDADO.

Materiales: Torzal grueso encarnado y cuentas de acero.

El grabado 30, de tamaño natural, muestra con suma claridad la ejecucion del fondo anudado con las cuentas pasadas por la hebra. Para nuestro modelo, que mide 7 cents. de ancho por 28 de largo, se emplean cuarenta hebras, de un metro de largo cada una, de las cuales se toman cuatro cada vez para hacer un nudo en medio. La labor se hace sobre una almohadilla estrecha para que esté firme. La primera hilera de nudos, apuntados con alfileres á la distancia de un cent. los unos de los otros, forma uno de los bordes trasversales del bolsillo. Se continua haciendo los nudos por hileras con las hebras que penden á los lados; primero las de un lado y luego, volviendo la almohadilla, las del otro, habiendo ántes pasado por cada dos hebras juntas (quedan así 20) 180 cuentas de acero. Antes de hacer los tres nudos, el uno al lado del otro, se adelantan cada vez tres cuentas sobre las hebras, de modo que estas se hallen alternativamente en medio y en los costados (véase grab. 30). La abertura ocupa la tercera parte del largo del bolsillo. Las hileras de nudos llegan á cincuenta, y los anillos y borlas se hacen á cadeneta con cuentas.

El grabado 31 ofrece un lindo dibujo de crochet, tambien para bolsillo, que se reduce á tres vueltas siempre repetidas y trabajadas en redondo, para la 1.^a y 2.^a vuelta se hacen pts. ds., enganchando el crochet en la 1.^a en el costado superior, por detras del punto, mientras en la 2.^a se engancha en el punto entero de la vuelta anterior. En la 3.^a vuelta se ejecuta el pequeño dibujo, tirando una lazada al través de 3 pts. de la vuelta anterior, cuyas tres lazadas se reúnen luego por medio de otra lazada que se halla todavía sobre el crochet, terminando el motivo con un punto en el aire. La última lazada de un motivo y la primera del motivo que sigue, se hacen en el mismo punto de la vuelta anterior.

32, 33 Y 26 Y 27. PINTURA SOBRE CRISTAL.

Materiales: Una plancha de cristal fuerte sin pulimentar que tenga 29 cents. de largo por 20 de ancho; otra de carton de las mismas dimensiones, con un borde de un centímetro de altura pegado todo alrededor. Negro animal y rojo de Inglaterra, y los colores siguientes mezclados con un poco de barniz de Dammar, negro de marfil, albayalde, azul de Prusia, laca verde y encarnada, un pincel, etc.

En nuestra coleccion del año 74 hallarán nuestras lectoras la explicacion detallada de este trabajo, que puede aplicarse á mil distintos objetos. El grabado 32 del presente número representa la plancha de cristal pintada, imitando madera con incrustaciones de nácar. Para conseguirlo, es preciso que la plancha tenga otra debajo de carton. El grabado 33 representa más de la mitad, en tamaño natural, del hermoso arabesco que ocupa el centro de la plancha, cuyos ángulos se hallan representados, tambien de tamaño natural, en los grab. 26 y 27.

El dibujo puede reproducirse sobre madera, oro ó marfil. (Véase la coleccion del CORREO del año 74).

Para la imitacion de madera, se cubre la superficie de

la plancha con una ligera capa de negro animal, de modo que quede algo trasparente, y ántes que esta primera capa se seque, se trazan por medio de un pincel ancho y con negro de marfil las venas y los nudos que se ven en la madera natural. Cuando el color está bien seco, se le cubre con rojo de Inglaterra ó ocre quemado, claro. Será prudente ejercitarse un poco de antemano en la imitacion de la madera, para poder hacerlo correctamente sobre el cristal. Los contornos de los arabescos se marcan con el negro de marfil, y si resulta alguna imperfeccion se corrige rascando las líneas del trazado con un corta-plumas muy fino. Solo cuando el trabajo queda perfecto, se cubre con albayalde, que le da su hermoso color blanco de leche. El fondo metálico de los pequeños arabescos debe tachonarse con verde y encarnado; pero no con azul, que produciria mal efecto. El dibujo de los arabescos se hallará en el pliego de patrones del 18.

34 Y 35.—FLORES DE LANA.—Pensamiento.

El ramito, grabado 34, representa esta linda flor vista de frente y por detras, y el grabado 35 un pétalo de tamaño natural.

Estas flores están hechas á feston, y el modo de ejecutarlas se halla explicado en números del año anterior 1874, por lo tanto, solo haremos hoy observar que el cáliz se compone de puntos largos de lana verde, formando cinco puntos, cada uno de los cuales está tomado en uno de los pétalos, y que se fija al tronco por medio de dos órdenes de feston hechos con seda verde.

36 Y 37.—FLORES DE PLUMA.—Campanilla.

Materiales: Plumas de oca y de gallo de Indias, lavadas en agua de jabon tibia, papel de seda verde pálido, seda de coser blanca, goma líquida y alambre. Para teñir las flores: azafran disuelto en espíritu de vino, azul violeta y anilina. Para teñir el follaje verde: picrin y carmin azul.

Los estambres contenidos en el pistilo se componen de 5 ó 6 filamentos de plumas de 2 cents. de largo, cuyos extremos llevan pequeñas puntas de filamento, empapadas en el color lila y la goma. El cáliz se forma con 5 pétalos, como los que representa el grab. 37, cuyos bordes se untan ligeramente con goma para que queden unidos entre sí, despues de haber pintado cada uno por separado como indica el grab. 37.

El fondo del cáliz, que es amarillo, se obtiene sumergiendo la parte inferior del pétalo en azafran, mientras la parte superior se pinta con azul oscuro, cuyo color se compone con la anilina y el azul violeta. El cáliz de la flor consta de 4 partes, cortadas en un círculo de papel de seda verde de 2 cents. de diámetro, que se pega cubriendo al mismo tiempo el tronco. El grab. 36 reproduce el follaje, teñido como hemos dicho, con picrin y carmin azul.

JOAQUINA BALMASEDA.

MODO DE REFORMAR LOS VESTIDOS Y ABRIGOS PASADOS DE MODA.

Hé aquí una combinacion muy elegante para utilizar una falda de terciopelo y una túnica polonesa de lana ya usadas.

Se corta la polonesa dándola la forma de un vestido princesa, y se añade por abajo, para darla el largo necesario, con la parte mejor de la falda de terciopelo, sobre la cual se habrá ya ejecutado de antemano un bordado á punto de Strasburgo (aplicacion) con arabescos recortados del adorno descosido de la túnica. Esta tira bordada rodea el borde inferior del vestido princesa, forma plastron sobre la parte de delante de arriba abajo, y descendiende en forma de chal sobre la espalda. Las mangas son de terciopelo, enteramente cubierto de aplicaciones.

Si no se quiere trabajar tanto, se pueden reemplazar las aplicaciones con tres bieses de lana sobre el terciopelo, y tres bieses de terciopelo sobre la lana, dispuestos á intervalos regulares.

Los antiguos chales de cachemir negro bordado, guarnecidos con encaje, pueden utilizarse de dos modos.

Si no se quiere cortarlo, y la señora que desea utilizarlo es delgada, puede ponérselo en forma de echarpe sujeto por detras al talle con una cinturita puesta por dentro, y subiéndolo sobre el hombro hacer un pliegue que descenderá á lo largo de la espalda, imitando la costura de las mangas abiertas de un dolman. Tambien puede achicar el chal, replegándolo hácia dentro en el escote, y llevarlo como fichú, anudando ó cruzando las puntas por delante. En uno ú otro caso debe reemplazarse el encaje con un fleco.

Si se quiere cortarlo se puede sacar de él un cuerpo coraza y un mantelo, ya con las puntas delante, ya sobre los costados.

Con un poco de cuidado se economiza la tela de manera que la cenefa bordada quede, por medio de algunas

piezas, adherida al fondo, que así tiene más mérito. Antes de cortar la tela se van disponiendo encima las diferentes piezas del patron, combinándolas de modo que den este resultado.

También puede hacerse con el mismo chal un delantal túnica con coraza, para completar un vestido princesa ó una bata.

Las señoras que para sus escursiones veraniegas se hayan comprado un plaid escocés blanco y negro, pueden utilizarlo de este modo, sobre una falda de seda negra ó lana gris. Se corta el plaid al biés de una punta á la otra, quedando así dos medios pañuelos. El uno forma el mantelo con una punta delante y las otras anudadas atrás; el otro medio se pone como fichú cruzado sobre el pecho, artísticamente drapeado y anudado por detras, de modo que las puntas caigan haciendo juego sobre las del mantelo. Un fleco guarnece todo alrededor ámbos objetos:

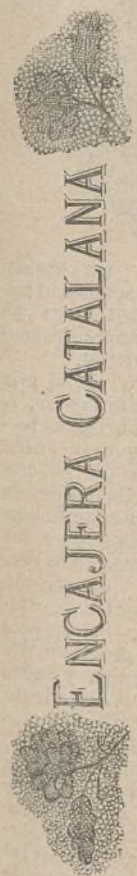
También se puede disponer como mantelo-túnica sobre una falda oscura. Se le parte por la mitad, pero al hilo, y se hace el delantal tableado horizontalmente hasta arriba. Los recortes que resultan para darle forma, sirven para las mangas. Este lindo traje se completa con un gracioso paletot sin mangas de la tela de la falda.

RODAJA PARA SACAR PATRONES



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.

Colocamos en lugar preferente el siguiente anuncio, por considerarlo de suma utilidad para las señoras suscritoras, hoy que son tan de moda los encajes, y quieran aprovechar los que poseen.



ENCAJERA CATALANA

ESPECIALIDAD EN PASAR Y REPASAR ENCAJES.

Doña Vicenta Cumalad de Sauri ha practicado este difícil arte diez y ocho años seguidos en las principales fábricas de Cataluña: Margarit y Fité.

Trasforma las prendas de encaje de lo más antiguo á lo más moderno, dejándolas como nuevas en todos conceptos. También compone albas; sobrepellices, y toda clase de encajes y tules que se le presenten; asimismo lava y estira colgadururas, ofreciendo sus servicios en la calle de Atocha, núm. 137, 2.º, Madrid.

SE COMPRAN ENCAJES.



LA PALINODIA DE QUEVEDO.

(Versos leídos por su autor en la velada literaria celebrada por la Sociedad de Escritores y Artistas la noche del 26 de Setiembre de 1875, aniversario de Quevedo).

Eso de casamientos á los bobos
Y á los que en ti no están escarmentados,
Simples corderos que degüellan lobos.
QUEVEDO.

I.

Pues señor, es el demonio
el que mueve la algarada;
él fué el que armó la cruzada
contra el santo matrimonio.

Dijo Dios:—«Os casareis.
Creced y multiplicaos.»
Y el demonio dijo:—«Amaos;
pero en la iglesia no entreis.»

Esa torpe instigacion
agitó al hombre en la tierra,
y se declaró la guerra
á la noble institucion.

En los libros, los autores
insultos le prodigaron;
en la tribuna, lanzaron
diatribas los oradores.

En el café, en el paseo,
en el club, en el salon,
ardió la conspiracion
contra el misero Himeneo.

El diablo predicador
sembró amargo desencanto;
el diablo, que sabe tanto,
sabe muy poco de amor.

Y es inútil su saber,
pues nada puede alcanzar
mientras no logre quitar
los ojos á la mujer.

En esto no hay pareceres;
como en sus ojos se abrasan,
los hombres siempre se casan
cuando quieren las mujeres.

Mira el galán á una hermosa
embebecido y la ama;
en su vivísima llama
se prende, cual mariposa.

Y se rinde á discrecion,
loco, fascinado, ciego,
cuando dos ojos de fuego
le apuntan al corazon.

Y así prueba el matrimonio
que tienen mayor poder
los ojos de la mujer
que la lengua del demonio.

Si las mujeres son lobos,
y tras los lobos corremos
los corderos, confesemos
que el mundo es... redil de lobos.

Cuentan que una zorra astuta
quiso unas uvas comer;
no pudiéndolas coger
dijo:—«Está verde esa fruta.»

Para los hombres, que en vano
tras de las mujeres van,
son verdes las que no están
al alcance de su mano.

A las feas y á las bellas
las persiguen y difaman...
Entonces, ¿por qué las aman?
¿por qué se casan con ellas?

II.

Entre los grandes poetas
hubo uno que se ensañó
contra el consorcio, y lanzó
envenenadas saetas.

Brazo y corazon sin miedo,
noble, ingenio sin segundo,
con su nombre llenó el mundo
don Francisco de Quevedo.

Y dejó en oro grabados,
de su ingenio testimonio,
los *Riesgos del matrimonio*
en los *ruines casados* (1).

Vate que tanto escribió
contra la union conyugal,
que á la mujer trató mal,
¿célibe acaso murió?

No por cierto; desmentir
supo bien su mal hablar,
porque una cosa es obrar
y otra cosa es escribir.

Fué de su esperanza luz
su Doña Esperanza, dama
que prendiéndole en su llama
le hizo cargar con la cruz (2).

Aquel talento jigante,
simple cordero ante el lobo,
cayó á sus piés como un bobo,
lo mismo que todo amante.

(1) Título de la magnífica sátira de Quevedo contra el matrimonio.

(2) Dice Quevedo en su *Sátira*:

«Con una cruz empiezan tus renglones,
Y pienso que la envías por retrato
De la fiera mujer que me dispones.»

Fijó en el altar su suerte,
y á Doña Esperanza dió
la mano con que escribió:
«Hallo en la mujer la muerte (1).»

El señor de Juan Abad,
en Cetina de Aragon
alma, vida y corazon
puso al pié de una beldad.

Allí el temible Quevedo
la palinodia cantó;
Doña Esperanza borró
la *Sátira* con el dedo.

El enemigo mortal
cayó en Cetina *sin vida*.
Allí está; *vi la partida*
en el libro parroquial (2).

Confesion de sus errores,
el documento fehaciente
es la protesta elocuente
de todos los detractores.

¿Por qué á Quevedo imitar?
Al cielo ¿por qué escupir?
Él, con tanto maldecir,
fué luego esposo ejemplar.

No siempre la burla es juego
de las musas socarronas,
porque hay sonrisas burlonas
que son lágrimas de fuego.

Siempre el matrimonio alcanza
la victoria que conviene,
pues cada Quevedo tiene
en el mundo su Esperanza.

III.

El amor con su poder
á todos lleva al altar
la palinodia á cantar
en loor de la mujer.

Por experiencia lo sé,
pues por el mundo corrí;
también en contra escribí,
y yo también me casé.

Ver el bien, no ver el mal,
ir de la fortuna en pos,
hacer un alma de dos...
¡Eso es la union conyugal!

En un libelo he leído
que no es comedia, que es farsa,
y que el papel de comparsa
le toca siempre al marido.

La juzgan mal los autores
porque de fuera la ven,
y solo se aprecia bien
estando entre bastidores.

En vano incita el demonio
al hombre para luchar,
que todos han de doblar
la cerviz al matrimonio.

Afirmo que es, y me fundo
porque acreditarlo puedo,
la *partida* de Quevedo
la palinodia del mundo.

TEODORO GUERRERO.

EL VELO DE LAS VÍRGENES.

Colosal y titánica empresa es lanzar la voz y el acento del alma haciendo que se escuche á través de ese babélico ruido que produce una sociedad excéptica cuando oye hablar de la dignidad de la mujer.

Grande y honroso al par es mi cometido si, consiguiendo fijar la ilustrada atencion de mis caros lectores, á quie-

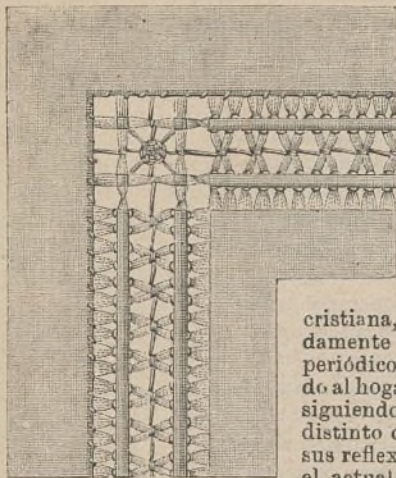
(1) Aludo á estos versos de la *Sátira* citada:

«En cuantas cosas hay hallo la muerte;
En la mujer, la muerte y el infierno.»

(2) En Junio último fui á la villa de Cetina de Aragon, con el único objeto de visitar la capilla donde se desposó D. Francisco de Quevedo, el insigne poeta que dijo que casarse era morir poco menos que ahorcado. La capilla, muy deteriorada ya, existe en el castillo del señorío de Cetina, propiedad hoy del conde de Vegamar; el altar ha desaparecido, y solo queda el retablo, donde hay un Cristo pintado, de escaso mérito. El señor cura me facilitó copia de la partida de casamiento de Quevedo, que dice así:

«A 26 de febrero don Francisco de Quevedo y doña Esperanza de Mendoza, señora de Cetina.»

«A 26 de febrero año 1634 servata forma Concilij Tridentini fueron cassados por palabras de presente don Francisco de Quevedo, Señor de la villa de Juan Abad, del reyno de Castilla, con la señora doña Esperanza de Mendoza, señora de esta villa de Cetina, siendo testigos Mossen Juan de Aguilera y Mossen Francisco la Fuente. Los dichos señores por entonces no oyeron la misa nupcial, cassólos Mossen Francisco Martinez ex Lic.º Par.º y por ser anssi lo firmé.
FRAY JUAN NAVARRO P.º or.º»



6. Calado para cuellos, pañuelos ó mantelería.
(Véanse los núms. 8 y 9).

nes por vez primera les envío mi cordial saludo desde las columnas de esta preciosa publicación, derramo en sus alas ávidas de purísimas emociones, una gota del bálsamo católico y un suspiro de moral

cristiana, ya que desgraciadamente publicaciones y periódicos existen atentando al hogar y á la familia; y siguiendo un camino muy distinto del que huella con sus reflexiones y máximas el actual, á quien brindo con mi pobre pluma, siquiera sea porque alguna vez me corresponda la satisfac-

ción más cumplida: hacer el bien y propagar la verdad.
Dad tregua y escuchadme benévolos, pues ansio llevar á vuestras almas el consuelo, á la mujer indicarle su elevado pedestal, y á vuestras esposas y madres (si viven otra vida mejor) otorgarles el más fiel de todos mis recuerdos. Busco vuestra atención, como el labrador la oportunidad de la siembra, como el campesino el día de la siega; quiero arrojar en el santuario del hogar la semilla fructífera de la convicción más profunda y segar con mi mano esas malezas que otros producen con alevosía; quiero remover cenizas de ese tan olvidado fuego de la fé, y después que concluya, los hijos de la virtud bendecirán á Dios, de quien proviene todo bien, al Señor, á quien pertenece el honor y la gloria.

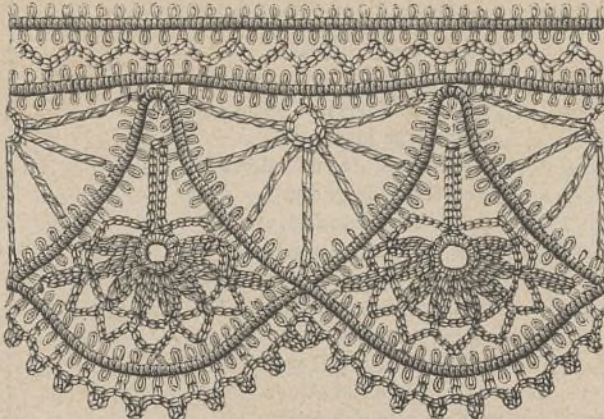
Mucho se duda hoy; pues aunque siempre hubieron inteligencias enfermas, cuya verdad consignan el Paraíso con los seres primitivos, el Diluvio con sus aguas y la torre de los campos de Senaar con su locura, la maldición y la blasfemia, irritando los labios, expelen una baba de inmundicia pestilente, que al traducirla aquí, no sabemos darle otro nombre que el de «calumnia».

Como si el pecho fuese horrenda sentina, de su fondo se desprenden mefíticos y nauseabundos vapores semejantes á los creados y producidos por la humedad, y con cuyo impuro hálito se pretende desvirtuar la sublimidad de los actos más grandiosos y sublimes de nuestra sacrosanta creencia.

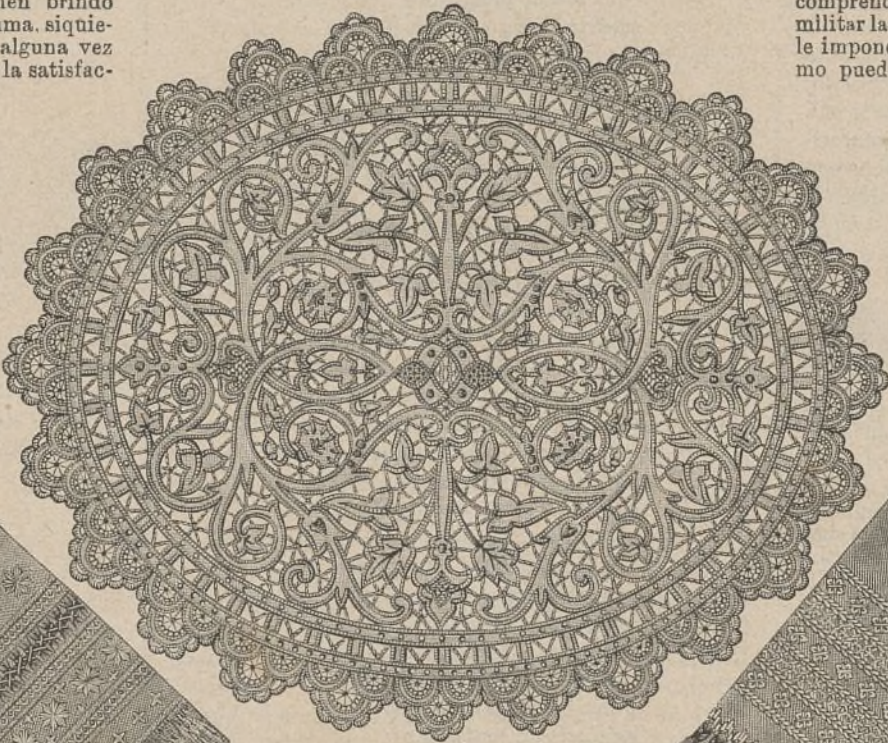
Se revuelven pasiones, se condensan odios, se concitan rencores formando el círculo estrecho del egoísmo; y á quien se sorprende en esa candente circunferencia, en esa estrecha cadena, ya ostente la corona sacerdotal, ó bien la dignidad de la mujer, sin mirar al sexo, ni el característico nombre de prójimo, ¡pobre de él! mejor le fuera no haber nacido.

¿Será que ignoran el luminoso hecho de la mujer adúltera escrito en el Evangelio? ¿Será que la virtud tiene derecho para zaherir al crimen? ¿Será que el número de los justos es tan copioso que con sus dictérios tratan de apartar al desgraciado de la falta cometida, ó bien que estén autorizados para arrojar su piedra y levantar su frente llenos de dignidad?

¡Ah! no, nada de eso: jamás escuché que los santos careciesen de amor á la humanidad; nunca supe que se hubieran borrado del decálogo sus divinos precep-



13. Puntilla de crochet y trencilla

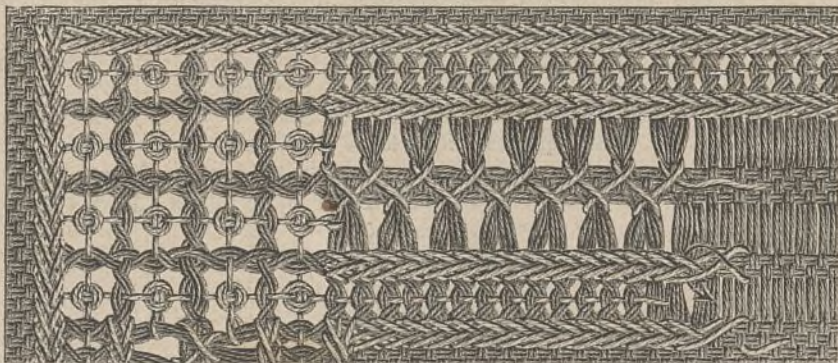


14. Cubierta de bordado guipure.

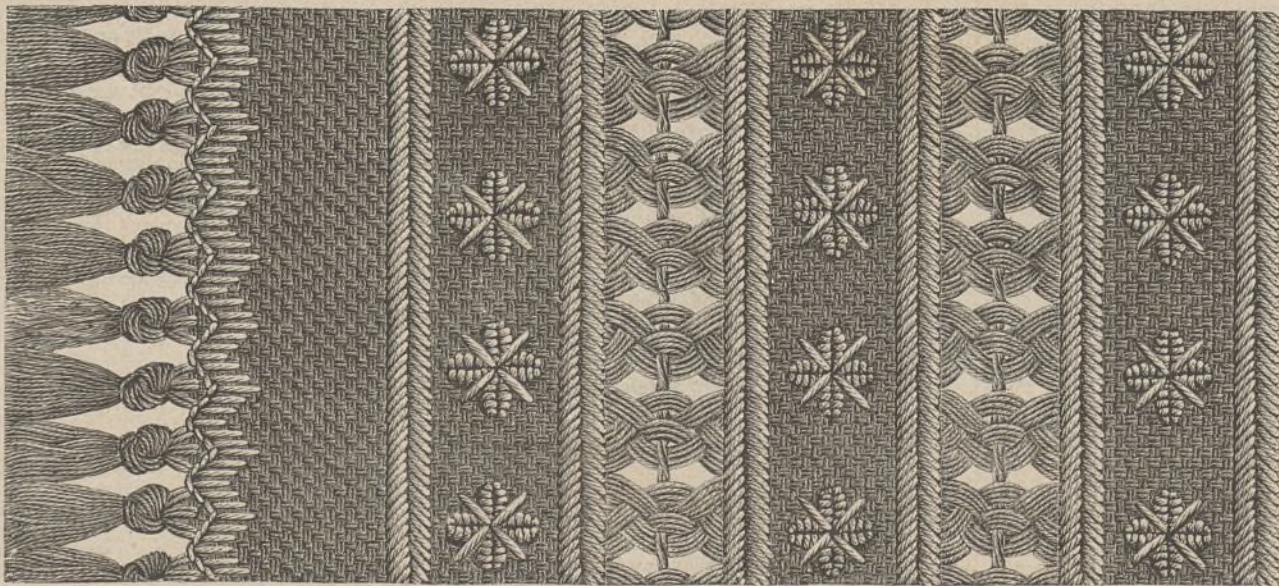


8. Mantel para té en cañamazo java. (Véase el núm. 10).

12. Bordado para el mantel núm. 8.



10. Dibujo para el manto núm. 8.



11. Libro para el mantel núm. 9.

tos. Ese quizá, ese ¡quién sabe! arrojado al paso de la mujer, de ese sexo débil, además de poder ocasionar un tropiezo en la conducta de la inocente, puede producir un mañana muy triste, un porvenir luctuoso para quien no cuenta con otra cosa que con su honra, para quien no ostenta otro adorno mejor que su velo de virgen.

Así como la espada del guerrero cuando no mira y comprende en su táctica militar las obligaciones que le impone la ordenanza, como puede traer la paz, es

posible que todo lo devaste y aniquile; de igual modo que la pasión al cegar al hombre destruye cuanto toca, sin fijarse en las consecuencias del furor, de idéntica manera, la juventud frenética destruye el inmaculado nombre de vírgenes con menos compasión que el ciervo deshoja flores y árboles seculares arranca.

No saben cuánto vale y cuánto cuesta el honor; si lo supieran, de seguro se abstendrían de arrojar su anatema, las más veces injusto, sobre la frente pura de quien no lo oye y por tanto no puede defenderse. Obligado está á levantar su edificio quien le mira arrojado por tierra si desea cobijarse de los ardorosos rayos del sol; mucho más obligado se encuentra á reparar el tabernáculo de la honra el que

sin consideraciones ni respetos lanza su grito anárquico contra la virtud.

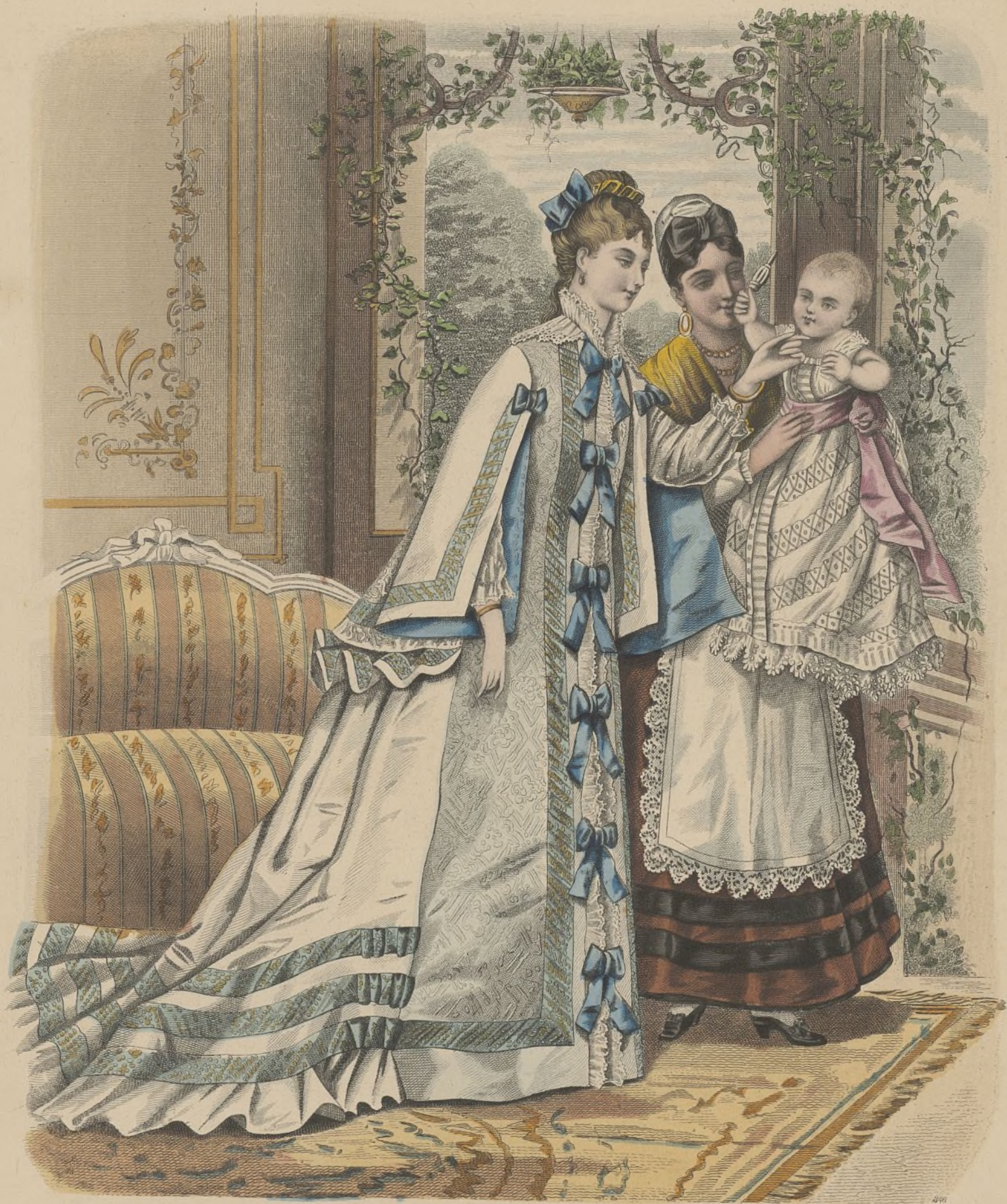
¡La honra! es el más bello ideal de la vida, la flor de más embriagado perfume, la joya que no puede comprarse después de haberla expuesto en la almoneda pública de la existencia. Mucho debe valer cuando esos mismos excépticos tejiendo coronas para sus hermanas, sus madres y sus esposas, aun después de muertas, á todas dicen que «fueron honradas». No soy fatalista; al contrario, comprendo los adelantos del mundo físico, pero miro y busco en mi derredor los progresos del mundo moral; al lado de la máquina y de las artes quiero ver la cruz, la fé, el sentimiento piadoso, el catolicismo, y sobre todas esas magnificencias, el manto de la caridad.

Ese grito de revolución, esa calumnia de indiferencia, teniendo su origen en el antagonismo del odio, con la dignidad de seres desvalidos, me impulsa á tomar la pluma y á sostenerla entre mis dedos, siquiera para indicar los

perniciosos efectos de quien se atreve á romper con su palabra el porvenir indicado en ese velo de las vírgenes.

De cobardes fué siempre insultar á quien no tiene valor para la defensa; de corazon menagado provocar al débil á un combate; de poco esforzado escupir en el rostro al que tiene sus manos atadas; de menos generoso humillar al desvalido y cebarse en su posición humilde, y de poco caballero ofender á la mujer; al menos, esto se dice en plena civilización, de esto hace alarde quien de hidalgo y digno se precia.

Ahora bien; ese velo moral que cubre con su mística y purísima gasa las sienes de la doncella; ese velo tejido por el consejo de una madre y por la más severa edu-



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2ª 2 Madrid

lacio
lágr
en su
casi
mas
con
mari
velo
y sol
herm
repi



17
la ed
ese v
So
ra, se
mad
comp
la du
soplo
para
No
cuan
jad a
todas
del C
bre J
palab
tenc
char
derra
to se
de la
más
reuni
de l
que
más
calar
pues
fuerz
guir
de su
tado
vió
vuel
lumn
do s
lo d
se c
polv
com
As
dais
los d
cons
y de
rad c
llave
Si
á tra
Cor
vues
este
cos e
de la
os r
y mo



No hablaba, pero había tal elocuencia en su mirada, que una vaga ansiedad oprimió todos los corazones, y hasta la mordaz marquesa, hasta la ligera Cristina, sintieron frío en el alma.

Pero Nicanora, aunque se retorcia sobre su lecho de dolor, presa de las más violentas convulsiones, no pronunció ni una sola palabra para revocar su orden. Lejos de eso, deseando sustraerse cuanto antes á aquel horrendo martirio, puso su mano trémula sobre la espalda de Margarita, que sollozaba á su lado, y la recordó su promesa.

Leopoldo había seguido con visible inquietud todos los detalles de esta escena, y al ver que Margarita se disponía á obedecer á su madre, se abalanzó hacia ella, y dijo deteniéndola:

—Hermana mía, no se haga V. violencia. Si su madre de V. teme dejarla abandonada en el mundo, es un vano temor, porque yo la ofrezco un tierno apoyo, en nombre de Cristina. Aun es tiempo, no consume V. su sacrificio, segura de que tendrá siempre en nosotros dos corazones cariñosos que la consuelen en medio de su orfandad y desventura.

—¿Qué es esto? dijo Andrés frunciendo el ceño.

—Es, exclamó Leopoldo con fuego, que yo protejo á Margarita, y nunca jamás permitiré que se violente su albedrío...

—Piénsalo bien, dijo entretanto el cura acercándose vivamente á Nicanora, piénsalo bien; piensa en la salvación de tu alma. Al mundo se le engaña, á Dios no se le puede engañar...

La enferma se estremeció; una palidez cárdena cubrió sus desencajadas facciones, y sus labios trémulos dejaron escapar un gemido.

Era horrenda la lucha que el ángel del bien y del mal sostenían entre sí para disputarse aquella alma.

—¿Qué es esto? repitió Andrés trasportado de cólera. ¿Soy por ventura algún juguete? Nicanora, Nicanora...

Al eco imperativo de aquella voz siniestra, se incorporó la enferma, como movida por un resorte, y extendió hacia el altar su brazo rígido.

—¡Ya obedezco, madre mía! exclamó Margarita. Estoy dispuesta, vamos.

Ya no era la débil niña abrumada bajo el peso del dolor. Estaba resuelta, y se había revestido de toda la energía que presta al alma el cumplimiento de un deber sagrado.

Pero el venerable sacerdote pareció perder toda su firmeza á medida que la joven la recobraba.

—¡No, murmuró deteniéndose cuando ya iba á empezar la solemne ceremonia, yo no puedo cooperar á su sacrificio, no puedo!...

—¡Acabemos! gritó Andrés fuera de sí.

¡Ya era tiempo!

No bien ambos jóvenes hubieron cambiado sus juramentos, no bien Andrés hubo entregado á Nicanora la fatal cartera, precio de aquella venta infame, no bien ésta, aprovechándose de la distracción de los circunstantes, agrupados en torno de los nuevos esposos, hubo reducido á menudos fragmentos las cartas que contenía, se oyó el cercano ruido de un carruaje, y en breve una mujer de elevada estatura penetró en la estancia.

Era la condesa, avisada indirectamente por don Silverio; pero ¡ay! ¡qué llegaba tarde!

—¡Nicanora! ¡Nicanora! exclamó abalanzándose hacia el lecho, ¿en dónde está mi hija?

Aquella brusca y repentina aparición produjo el efecto del rayo, y mientras los circunstantes se miraban unos á otros, mudos de sorpresa, Nicanora lanzó un agudo grito y cayó desplomada sobre el lecho. Después se acurrucó, como si quisiera desaparecer y esconderse en el centro de la tierra, y se tapó los oídos para no oír aquella voz que durante tantos años había sido el terror de su conciencia.

—¡Nicanora! mi buena Nicanora, replicó la condesa, tranquilízate, soy yo. ¡Perdona á una madre su ansiedad! ¡Tú también eres madre! Pero dime ¡ah! dime ¿en dónde está mi hija?

Y se acercó más á la anciana, cogiéndola amorosamente de las manos.

Nicanora exhaló otro grito doloroso al sentir aquel contacto; pero su enérgica y poderosa voluntad hizo un milagro. Enderezóse serena y tranquila en la apariencia, y dijo con acento firme, sin mirar, no obstante, á la condesa:

—Que venga el escribano.

Este se acercó.

—Es la última vez que hablo, repuso Nicanora, y es preciso que no sean perdidas mis palabras; tome V. mi declaración.

Había tal solemnidad en su tono, que todos los circunstantes se sintieron conmovidos y subyugados.

En un instante quitaron el improvisado altar, y el es-

cribano se puso en disposición de cumplir la última voluntad de la moribunda. Los demás actores de esta escena, agrupados á su alrededor, y vueltos hacia el lecho, parecían pendientes de las palabras que iban á salir de aquellos labios que pronto debía sellar la muerte, y era tal el silencio, que se podían oír los latidos de sus agitados corazones.

Andrés, sobre todo, que al entrar la condesa había asido con ademán triunfante la mano de su esposa, no acertaba á dominar su zozobra, y sus miradas, fijas con tenacidad en la enferma, la recordaban su promesa.

Igual era la ansiedad de D. Silverio, que miraba alternativamente al cielo y á la moribunda para recordarla que existe un Dios, cuya inexcrutable justicia no pueden eludir los hombres. Vano era el empeño de ambos, porque Nicanora, con los ojos cerrados como si quisiera reconcentrar todas sus fuerzas, y estrujando con sus crispadas manos las sábanas, pronunció lentamente estas palabras:

—Declaro, próxima á la muerte, y delante de nuestro buen cura párroco, mi director espiritual, y en presencia de testigos, que darán fé de mis palabras, que en la noche del 23 de Octubre de 1793, la condesa de Santa Agueda, resuelta á seguir en el destierro á su esposo, me confió á su legítima hija, Cristina, Luisa de Mendoza, que yo estaba criando junto con mi hija Margarita.

—¿Cómo? exclamó Leopoldo estrechando entre las suyas las manos de Cristina, ¿eres tú mi prima? ¿es V. mi tía? añadió dirigiéndose á la condesa:

—Esperad, dijo Andrés con la frente inundada de sudor, aun no ha dicho cuál de ellas es su hija.

—En poder del señor cura, prosiguió la anciana, se halla el acta de bautismo de la hija de la condesa, y todos los documentos que acreditan su legitimidad, confiados á mi honradez junto con el depósito sagrado, que yo he conservado lealmente, hasta el extremo de esconderme entre las asperezas de estos montes para mejor guardar su secreto.

—¡Dios te bendiga, mi buena Nicanora! exclamó la condesa ¡Cumpliste con fidelidad tu juramento! ¡Yo cumpliré el mío! ¡Yo seré la madre de tu hija como tú lo fuiste de la mía! Pero, añadió fijando sus miradas en Cristina, cuya hermosura la cautivaba, ¿cuál es de las dos? ¿cuál es? responde...

La anciana guardó un momento de silencio.

—¡Nicanora! dijo Andrés en voz baja, pero imperiosa, colocándose á un lado del lecho.

—¡Recuerda que hay un Dios! dijo el sacerdote, que estaba al otro lado.

La moribunda los miró á entrambos sonriendo con una siniestra sonrisa, y repuso lentamente:

—En el borde del sepulcro, pronta á comparecer ante Dios, que debe juzgar mis acciones, juro que la niña que me entregó la condesa, es... Cristina...

Los diversos personajes de esta escena, que estaban palpitantes y sin aliento, lanzaron un grito de alegría los unos, de frenética rabia Andrés, de amargo desconsuelo el sacerdote.

—¡Esa mujer miente! gritó el primero.

El escribano se colocó la pluma detrás de la oreja, se quitó las antiparras, y fijando los ojos en Andrés, le preguntó con calma:

—¿Por qué declara V. que miente? Exponga V. los antecedentes que tenga para formular este aserto.

Andrés, en medio de su desesperación, giró en torno de sí una rápida mirada, vió los pequeños fragmentos de papel que cubrían el suelo, vió sobre el lecho su cartera vacía, y en vez de responder, dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo, y soltó un rugido de cólera, como el del chacal herido y aprisionado.

Nicanora había sido más astuta que él. ¡Le había vencido!

El escribano prosiguió:

—En cuanto á la identidad de la persona, se debe admitir, como prueba incontestable, la declaración de la única que lo puede atestiguar, y cuyo juramento, pronunciado al borde del sepulcro, es digno de toda fe. ¡Tiene V. algo que objetar á esto, Margarita? añadió dirigiéndose á la desposada.

—Solo tengo que apoyar la declaración de mi madre, dijo ésta con sencillez. Siempre he llamado á Cristina mi hermana adoptiva, y he crecido en la idea de que me aventajaba en nacimiento y en esperanzas de ulterior fortuna.

—¿Hay alguien aquí que pueda rebatir estas declaraciones? repuso el escribano.

Todos guardaron silencio.

Entonces presentó el acta á los circunstantes para que la firmasen.

Cuando llegó su turno á Andrés, sus músculos se contrajeron y su pluma rasgó el papel.

La condesa, entretanto, no cesaba de estrechar entre sus brazos á su hermosa hija, y la orgullosa joven, llena de júbilo por haber encontrado un ilustre nombre que poner á continuación del suyo, la devolvía con entusiasmo sus caricias.

El ruido de los besos que prodigaba á su madre llegó hasta el corazón de la pobre moribunda, y este supremo dolor apresuró su agonía.

El estertor subió á su garganta, y el hielo de la muerte invadió sus miembros.

Solo dos personas no la habían abandonado en aquel supremo instante: el sacerdote que la prodigaba palabras de consuelo, y Margarita que sollozaba arrodillada á los pies del lecho.

Nicanora no escuchaba al sacerdote, no veía á Margarita. Sus ojos estaban fijos en la bella joven, que sonreía en los brazos de Leopoldo y la condesa.

—¡Cristina! ¡mi Cristina! murmuraba con desesperado acento. ¡No ves que sufro, no ves que muero! ¡No des besos á esa mujer!... ¡dame uno solo de esos besos, y sufriré contenta la eternidad del castigo!

Su voz era ya tan débil, que más bien parecía un suspiro. Era preciso adivinar lo que decía. Cristina no lo oyó... ¡Estaba embargada con su dicha, desvanecida con su nuevo título! ¡La condesa y Leopoldo absortos en el placer de verla, en el placer de haberse reunido de un modo tan prodigioso! ¡Nadie se acordaba de la enferma!

—¡Cristina, mi Cristina, repetía ésta con creciente esfuerzo, mira que se extingue mi voz, mira que se anublan mis ojos, date prisa!

Cristina tampoco lo oyó, pero lo oyó Andrés, porque le inflamaba el alma el anhelo de venganza.

Acercóse al lecho, y murmuró en su oído estas palabras:

—¡Infame mujer, ya ha empezado tu castigo! ¡Ella la amará más que á tí, y bien pronto te habrá olvidado!

Nicanora se estremeció, lanzó un grito, y su cabeza cayó á plomo sobre la almohada.

Aquel grito atrajo por fin la atención de los dichosos egoístas, que formaban un alegre grupo, contrastando con aquel grupo de dolor y muerte; pero como Nicanora permaneciese inmóvil durante algunos instantes, volvieron á su actitud primera, á sus confidencias en voz baja, á sus amantes caricias.

Entretanto, D. Silverio continuaba orando con fervor.

—¡Oh, Dios misericordioso, decía, Tú que jamás rechazas la súplica del que te implora con fé ardiente, manda un rayo de tu luz á la pobre ciega, haz que se arrepienta de su culpa en el supremo instante, sálvala, sálvala de la muerte eterna! ¡Perdon para ella, oh Dios, que espiraste en la cruz por redimirnos!

¡Perdon, señor, perdon!

¡Cuán horrible debe mostrarse á nuestros ojos el espectro del *no sé*, si le acompaña el fúnebre cortejo de los remordimientos! ¡Cuán espantosa debe ser la agonía del que llega á los bordes de la tumba cuando el mundo y sus mezquinas pasiones se desvanecen delante de su vista, cuando empieza á divisar la eternidad inmutable, si la espantosa fantasma de un pasado criminal se atraviesa en su camino y le cierra la entrada del cielo, patrimonio de los justos!

Pero también, ¡cuán consolador debe ser en ese momento de desesperada lucha, de suprema angustia, oír la voz del sacerdote, que le ofrece en nombre del Dios de las misericordias infinitas perdón para el pasado y esperanzas para el porvenir!

Aunque Nicanora ya no exhalaba ni gritos ni quejas, aunque sus miembros rígidos y fríos ya no experimentaban violentas sacudidas, aunque el cuerpo, en una palabra, yacía casi inerte, su alma debía estar destrozada por mil cruces torcedores, y en medio de aquellos tormentos sin nombre, debió llegar á ella, como una armonía celeste, la palabra del sacerdote, porque se incorporó de repente, galvanizada por ella, y exclamó con acento entrecortado:

—¡Me perdonará!... ¿Es posible que me perdone!...

—Dios es infinitamente bueno, dijo el cura con evangélico entusiasmo. ¡Te arrepientes, Nicanora?

—¡Sí! ¡sí! balbuceó la moribunda.

—¡Pero se necesita una reparación! replicó D. Silverio. ¡Oíd todos! Nicanora quiere hablar...

Los circunstantes formaron apresuradamente círculo alrededor del lecho.

—¡Sí! ¡sí!... murmuró de nuevo la anciana.

—Yo te perdono en nombre de Dios; ¡pero habla!... exclamó el sacerdote.

Nicanora hizo un postrer esfuerzo, soltó un inarticulado grito, y cayó desplomada sobre el lecho.

Era cadáver.

¡Sus ojos quedaron fijos en el cielo, y la misericordia de Dios no tiene límites!

Pasáronse muchas horas.

¡Ay! ¿Qué se habían hecho todos aquellos personajes que llenaban antes la estancia de la moribunda?

Era de noche, y junto al inanimado cadáver velaban tan solo Margarita y el anciano sacerdote.

La marquesa, no pudiendo soportar aquel cuadro de desolación y luto, se había llevado á la condesa, á Cristina y á Leopoldo á su alegre casa de la Granja, so pretexto de que la salud de la madre y de la hija, quebrantada con tan fuertes emociones, reclamaba algún reposo. No hay que decir si el despedido Andrés fué de la partida.

Margarita, á pesar de las vivas instancias que la hizo la condesa, no quiso seguirla: ¡Margarita no quiso abandonar á su madre hasta que descansase en su postrer asilo!

Veló y oró toda la noche.

—Dios la habrá perdonado, decía de vez en cuando el cura lleno de fé. Dios es infinitamente bueno, y uno de sus ángeles es el que intercede por ella.

—Sí, sí, respondía Margarita entre sollozos, esperemos que goce ya en la mansión de los justos de la eterna ventura.

Y así velaron ámbos, y así confundieron sus piadosas oraciones, que llegarían indudablemente hasta el trono del Altísimo.

Al día siguiente, los mortales restos de Nicanora fueron conducidos á su última morada con una pompa inaudita en los anales del pueblo, porque así fué la absoluta voluntad de la condesa, que asistió con su hija á las exequias.

Margarita cumplió su palabra, y no abandonó el cadáver querido hasta que estuvo depositado en la tumba.

Pero entonces la condesa la rogó, con lágrimas en los ojos, que la siguiese á la Granja y después á Madrid, adonde pensaba regresar aquella misma tarde.

Margarita quedó suspensa al oír tan inesperada proposición, que parecía un beneficio del cielo, pues esposa sin marido, porque Andrés ni siquiera la dirigía la palabra, y huérfana sin amparo, porque aunque había heredado de su madre la casita con cuantos objetos contenía, el cofre del dinero se lo había legado á Cristina, y no sabía cuál iba á ser su porvenir.

Corrió á consultar el caso con el cura, su segundo padre, y éste la instó para que aceptara el ofrecimiento.

Era tan excepcional su posición, que necesitaba un protector, y nadie podía serlo mejor que la condesa, á quien D. Silverio la recomendó calurosamente.

Antes de partir á la Granja, Margarita cerró su casa, entregó la llave al anciano pastor, y postrándose religiosamente en el suelo, oró un breve instante en voz baja. Después fué de vivienda en vivienda, de choza en choza, para despedirse de todos sus amigos; pero no pudo despedirse de Norberto.

¡Nadie le había visto hacia ya dos días! ¡nadie sabía su paradero!

El acontecimiento que otorgaba á Cristina un título y una fortuna, como era natural, había hecho eco en el pueblo, y formaba el asunto de todas las conversaciones. Inquirióse la hora en que la condesa debía partir, y mucho antes se veía ya lleno de gentes el camino que conduce desde Valsain á la carretera.

Los más curiosos se habían encaramado á los árboles para atisbar su llegada; los más indiferentes se habían sentado en la baranda de piedra que cerca el camino. ¿Qué sería de los pueblos en donde la imaginación no encuentra objetos que la distraigan, si algún misterioso drama no viniese de vez en cuando á interrumpir la monótona uniformidad de sus ideas? Así, pues, los unos se complacían en hacer el panegírico de la hermosura de Cristina, esforzándose en persuadir á los demás que habían adivinado de antemano su noble origen; otros ponían en las nubes la lealtad de Nicanora, y otros, en fin, entre quienes estaba D. Silverio, se lamentaban de que la casualidad les robase su ángel bueno, su querida Margarita.

El grito de *ahí vienen, ahí están*, puso término á los comentarios.

Íntil es decir que la orgullosa Cristina no se había despedido de nadie, contentándose con excitar la general admiración con la pompa de su atavío.

En efecto, cuando pasó en una elegante carroza, y adornada con un gusto exquisito, su hermosura causó tal sensación en el ánimo de los sencillos labriegos, que prorumpieron en gritos de entusiasmo.

—Salúdalos, dijo la condesa á su hija, viendo que ésta fijaba negligente su distraída mirada en el paisaje.

Cristina inclinó la cabeza con aire desdeñoso.

Por el contrario, Margarita se abalanzó casi fuera de la portezuela, agitando su pañuelo en señal de despedida.

Entonces fué otra cosa: tiernas lágrimas contestaron á

sus lágrimas, y fervientes bendiciones á su adiós postrero. La impresión causada por la hermosura de Cristina se borró para hacer lugar al poderoso sentimiento del alma, y el coche ya estaba lejos cuando el nombre querido de Margarita vagaba aun en todos los labios.

En aquel instante apareció un nuevo personaje: era Norberto.

Venia del monte, jadeante y sin aliento, y traía en la mano una pequeña vasija de madera, toscamente labrada.

(Se continuará.)

ECOS DEL MUNDO.

Hace pocos días, después de la última vez que he tenido el honor de conversar con vosotras, mis queridas lectoras, he oído, sin quererlo, una conversación interesante en extremo para nuestro sexo.

En el salón de una de mis más bellas amigas se hallaban reunidas algunas personas; era su día: el día de recepción, y yo me hallaba sentada á poca distancia de un balcón en cuyo hueco hablaban dos caballeros en un diapasón bastante elevado para que yo les oyese; los demás, distraídos cada uno con la conversación, no les entendían.

De los dos interlocutores ninguno era viejo, ni muy joven; habían llegado á esa edad de la vida en que el hombre cree saberlo todo, á esa época en que llama *experiencia* á la desconfianza, *valor* á la dureza de corazón, *ciencia* á la negación de todo; á esa época en que se ríe de las ilusiones y en que le hacen más falta que nunca para compensar las amargas realidades de una existencia en la que ya se han agotado todas las flores.

El uno era casado; el otro estaba en vísperas de contraer un ventajoso enlace.

—¡No me hable V. de las mujeres austeras, graves é intolerantes!—decía el marido;—mi mujer es irreprochable, y mi casa, desde que me casé, parece un convento. Solo se habla de economía y de devoción; se regaña por todo; los criados parecen legos de convento: mis hijos no se atreven á levantar los ojos; mi casa es una inquisición.

Cuando cansado de los negocios y de los disgustos que me dan, voy á ella, me vuelvo más triste y más misántropo.

—¡Pues no me diga V. que es mejor estar oyendo todo el día hablar de modas, de conciertos y de paseos!—repuso el aspirante á esposo.—Estoy cansado de frivolidad: si el hombre no halla en su esposa algo más que una muñeca, si no puede hacer de ella su primer amigo, ¿á dónde irá á depositar su confianza? Yo he buscado una mujer seria, viuda ya, grave, de intachable fama.

—¡Y muy rica! Y por todo lo dicho, muy intolerante, y muy dominante, y muy tirante...

—¡Es virtuosa y me será muy fiel!

—¡Como si solo con ser fiel cumpliera una mujer todos sus deberes!

—Ese es el primero.

—Pero no el único: hay mujeres que se dicen á sus solas: «Yo tengo un carácter como el de Lucifer, pero soy fiel á mi marido: no me cuido para nada de la casa, ni del buen orden de la misma: pero soy fiel á mi marido: gasto más de lo que debo: no educo á mis hijos, pero soy fiel: no comparto ninguna pena de mi esposo, no le ayudo á llevar el peso de la vida, no le consuelo, no le alegro, no le fortalezo, no le distraigo, pero le soy fiel: ¿qué más puede exigirme?»

—Todo se debe, en efecto, dispensar á una mujer que es fiel,—repuso el otro,—á no ser una frivolidad irritante, y una carencia completa de sentido común.

Sobre este tema siguieron ámbos disputando, sin querer ninguno de los dos comprender que ámbos defendían los extremos más enojosos en que puede incurrir una mujer, que lo mismo se hace insoportable para la intimidad del hogar siendo excesivamente ligera, como siendo por demás severa y rígida.

¡Pequeñas virtudes, amigas de nuestro sexo! ¡Pasáis desapercibidas, y sin vosotras la vida es intolerable!

¿Quiénes sois? El *justo medio*, la gracia inteligente, que todo lo embellece y lo suaviza!

Sois la indulgencia que perdona las faltas, aunque no pueda esperar el perdón para sí misma; la docilidad del espíritu que adopta lo que hay de bueno en las ideas de los demás, aunque pensemos de distinto modo: el piadoso disimulo que parece no apercibirse de los defectos ajenos; la solicitud amable que previene las necesidades y hasta los deseos de los que viven con nosotros; la liberalidad del corazón que hace todo el bien posible; la represión del mal humor para con nuestros iguales y hasta para con nuestros inferiores.

Vosotras, pequeñas y encantadoras virtudes, sois el callarse cuando se desea decir una palabra dura; el vencer un movimiento de antipatía; el olvidar una pequeña injusticia; el escuchar con cortesía paciente lo que nos fastidia; el prestarse con gusto á un juego, á una diversión, frecuentemente más penosa que el más árido trabajo.

Sí, señoras mías: estas pequeñas, pero bellas y delicadas virtudes, son las perlas que embellecen la cadena de la vida, hecha de tanto hierro. Las mujeres debemos amarlas y llamarlas en nuestro auxilio, porque somos débiles, y para que nos adorne su exquisita y graciosa belleza; ellas nos abren los corazones y nos conquistan afectos; ellas son nuestras protectoras, y su dulce y santo perfume anuncia su presencia en el seno de la familia.

Mis queridas señoras para quienes escribo estas líneas, mejor sentidas por mi corazón que trazadas por mi mano, creed que la virtud que resulta de todas estas *pequeñas virtudes* reunidas, es también una gran virtud, como es bello y admirable un mosaico compuesto de partículas diminutas y delicadas.

Pero esta *verdadera virtud*, que poseeréis practicando las pequeñas, no es severa ni intolerante, sino bella, adorable, llena de gracia y de poesía: esta gran virtud os ordena ser agradables, bonitas, elegantes, afables y dulces de condición; os ordena cultivar vuestro talento y vuestras gracias, y es la sola digna de ser ofrecida al Dios todo grandeza, todo amor y misericordia que tan mal conocen y aman los fanáticos y los beatos.

No; ¡Dios que da la hermosura, la gracia, el talento, no puede aborrecer todas estas cosas! El hombre, en su esfera dilatada y grandiosa; la mujer en la suya, humilde y modesta, pero no menos importante, pueden amarle, cumplir sus leyes y dar culto á la más alta, á la más pura virtud, sin formas ridículas y convencionales.

Es á veces un descanso el dejar las frivolidades de la vida para pensar en las cosas íntimas; también el alma necesita engalanarse, y la moda de la virtud es cada día más estimada, por más que digan los fatalistas, los desengañados y los tontos; la idea tiene su progreso indeclinable, y en tanto avance el pensamiento, la verdad estará rodeada de luz.

No son muy frecuentes en nuestra época las pasiones profundas é inalterables; pero de esto tiene alguna culpa la mujer; no basta para esta el ser hermosa, ni aun el ser muy virtuosa, si le falta la bondad, la gracia, la benevolencia sobre todo, que es á la vez una gracia y una virtud.

Una mujer hermosa puede reemplazarse: una mujer virtuosa también, porque para gloria y honor de nuestro sexo hay muchas; pero una mujer dulce y agradable, una mujer que una la gracia, que atrae y que cautiva, y la bondad que fija y embellece la vida, no es tan fácil de hallar como se cree, y el sexo fuerte lo sabe demasiado.

No practiquemos el bien severamente; no mostremos á la virtud coronada de espinas la marchita y adusta frente, sino ceñidas de rosas las blancas sienes; porque la virtud es lo más hermoso, lo más suave y alegre que existe.

Dios se mira en una conciencia pura como en el más bello de los espejos, y el cielo refleja más su hermosura cuanto más anchurosa y más límpida es la extensión del lago que cobija.

Quédense para el sexo fuerte las virtudes grandes, las que producen acciones heroicas, que se esculpen en mármoles y en bronce. El brioso alazan necesita la inmensidad para lanzarse á la carrera; el cisne necesita solo el límpido y tranquilo lago, y el pajarillo la floresta silenciosa; así nosotras, tanto como las relevantes cualidades, mucho más que la grave instrucción del espíritu, necesitamos enriquecernos con cualidades amables.

Huyamos de la sistemática y dura intolerancia, de la austeridad ostentosa, como de la frivolidad extremada: aquellas asustan é impiden toda confianza: esta perjudica á la estimación, que sólo consiguen las cualidades serias y nobles del alma. Una mujer no cumple solo con sus deberes siendo virtuosa y fiel á la fé conyugal, ni tampoco sabiendo arreglar *materialmente* su casa; debe saber también la manera de hacerse amable, amada, *imprescindible, irremplazable* para todos los suyos.

Sólo de este modo asegurará un dulce y dilatado imperio en el alma de su esposo y de sus hijos: imperio tan largo como su vida, por estar fundado, no en la ilusión de los sentidos, sino en la belleza inmortal de un espíritu noble y de una inteligencia superior.

MARÍA DEL PILAR SINÚES.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

(Continuación.)

TURRON DE ALMENDRAS Y AVELLANAS.

Se baten cuatro claras de huevo á punto de nieve, se pican seis onzas de almendras secas, que van echándose poco á poco en el batido, del mismo modo se va echando el azúcar suficiente para que la pasta sea manejable, se aromatiza con esencia de limon, se pone en un molde y se deja secar. El de avellana se hace lo mismo.

MERMELEDA DE MEMBRILLO.

Se toman los membrillos más maduros, se cortan en cuatro pedazos, se cuecen bien y se pasan por tamiz. Se pone en una vasija libra de azúcar por libra de zumo, se clarifica, se añade el jugo, y se deja hervir por algún tiempo, poniéndolo luego en tarros.

DULCE DE MEMBRILLO.

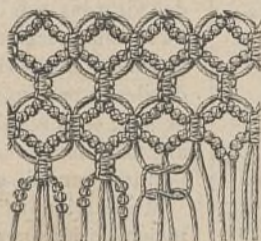
Se procede de igual modo: esto es, se cortan en cuatro pedazos, se cuecen y se pasan por tamiz. Se pone en el perol libra de azúcar por libra de zumo, se clarifica, se añade el jugo del membrillo, y se deja hervir un poco, antes de ponerlo en tarros.

DULCE DE MANZANAS.

Peladas, partidas y quitado el corazon, se ponen al fuego en una vasija con agua suficiente, y cuando hayan hervido bastante para que el líquido quede trabado, se echan en un paño limpio para que escurran. Se pone en una vasija una libra de azúcar por otra de manzanas, se clarifica y se mezcla con estas. Terminada la operacion, se llenan con el dulce los botes de cristal, cubriéndolos con corteza de limon y un papel mojado en aguardiente. Deben conservarse en un sitio fresco.

DULCE DE PERAS.

Se pelan quitándolas el pezon y el corazon, y se pone la cuarta parte á cocer sin agua en el perol solo lo suficiente para sacarlas el jugo, apretándolas en seguida en un tamiz; se echan las que han quedado en el jugo exprimido; se añade una libra de azúcar por tres de



30. Dibujo para el bolsillo 29.



29. Bolsillo de torzal anudado. (Véase el núm. 30).



32. Pintura en cristal, imitación de nácar. (Véanse los núms. 33, 23 y 27).



34. Flores de lana. Pensamiento.

35. Pétalo para el pensamiento núm. 34.

peras, y se cuecen, meneándolas siempre, pero con precaución, para que no se deshagan.

El punto de este dulce se conoce en la evaporación de toda humedad.

DULCE DE CABELLO.

Se toma lo interior de una cidra y por cada libra de esta se echan dos de azúcar cociendo solo la cidra. Cuando está ya cocida se retira del fuego, se deja enfriar y entonces se quitan las pepitas y la carne, dejando solo las hebras. Se ponen á cocer estas con el azúcar clarificado á fuego lento durante cuatro horas hasta que el almíbar está en punto. Se aparta, se deja enfriar y se pone en tarros de cristal.

**

La velada literaria celebrada últimamente por la Asociación de escritores y artistas, fué brillantísima. La sección musical es-

tuvo á cargo de las aventajadas señoritas del Cerro, Echevarría, Jover y Bardian, y de los Srs. Mirecki, Mata y Fernandez, que desempeñaron admirablemente su cometido. En los intermedios se leyeron excelentes composiciones de D. Cayetano Rosell, Campo y Navas, Cañete, M. del Palacio, Bueso, Nieva, Castillo y Soriano y Teodoro Guerrero, cuya bella poesía, titulada *Palinodia de Quevedo*, ofrecemos á nuestras discretas lectoras en este mismo número.

*EXPLICACION del Figurín 1188.

TRAJES DE OTOÑO.

FIG. 1.^a — *Traje para jovencita*. — Vestido de lana de dos tonos almendra; muy oscura la falda, muy clara la túnica, y adornada con volantes encañonados de la tela de la falda; es decir, las aldetas, las mangas y el cuello, pues todo alrededor del bajo solo lleva un pespunte. Adornan la falda cuatro volantes con cabeza. Sombrero de paja guarnecido con florecitas blancas y terciopelos negros.

FIG. 2.^a — *Traje para niña*. — Es de lana azul oscuro, guarnecida la túnica y la triple esclavina con vivos blancos y cerrada también con botones blancos. La falda lleva tres tablas rusas de trecho en trecho. Botitas negras, cerradas con botones blancos y punteras marron, como la escarcela, puesta en bandolera. Sombrerito chino, adornada la copa con cinco flores encarnadas.

FIG. 3.^a — *Traje para jovencita*. — Vestido de fantasía, compuesto de falda lisa habana, adornada por abajo con un volante rizado y dos ruches divididas por bieses estrechos, y mantelo con cuerpo y mangas, á cuadros, orillado el mantelo por ancho fleco rizado. La manga va graciosamente adornada con la tela de la falda, y la misma forma sobre el cuerpo cuello de chal que baja por delante en tres tablas á cada lado.



36. Flores de pluma. Campanilla.



37. Pétalo para la campanilla. sujetas con cinturon igual. Diadema y lazo azul en los cabellos, cuello y mangas de muselina bordada. Sombrero de paja guarnecido con cintas habana.

GRAN SALON PARA PEINAR SEÑORAS Mayor 36 y 38, entresuelo. Entrada por el portal.

OBRA DE D.^a ANGELA GRASSI.

Las riquezas del alma, novela de costumbres, premiada por la Academia Española, 2 tomos, á 4 reales tomo.

Los que no siembran no cogen, novela de costumbres, un tomo, 5 rs.

La gota de agua, obra premiada por aclamación en el concurso abierto para optar al premio Rodríguez Cao, un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Se hallan de venta en la Administración de EL CORREO DE LA MODA, plaza de Isabel II, núm. 2 pral.



33. Dibujo para el centro del núm. 32.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edición recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.^a, Dr. Fourquet (antes Yedra 7).

Editor-propietario: Carlos Grassi.

Ayuntamiento de Madrid